

VIAJES AL INTERIOR DE UNO MISMO

Todo nuestro mundo, por lo menos el occidental, y gran parte del oriental por influencia del primero, está planificado y diseñado para que percibamos a través de nuestros 5 sentidos, una realidad que empieza en nuestro exterior corporal y acaba en los confines del universo. Una realidad que resalta la insignificancia del ser humano individualmente, mentalizándolo desde pequeño para que acabe siendo una pieza del engranaje del motor creado por el sistema, desviando y bloqueando la atención de su alma, con estímulos mediáticos externos, cada vez más contundentes.

En cambio, históricamente, siempre han existido corrientes filosóficas y de sabiduría, algunas más asequibles a las almas buscadoras y otras más secretas y menos divulgadas, donde la realidad mostrada empieza en nuestro exterior corporal, para seguir un camino de introspección absoluta, transitando por dimensiones o niveles espirituales (no físicos), que nos llevan a descubrir lugares donde el concepto de espacio-tiempo ya no existe, donde palabras como infinito y eternidad cobran un sentido increíble.

De las siete leyes herméticas, la segunda es la de correspondencia que dice:

Como es arriba es abajo, como es en el mundo espiritual, es en el mundo físico. En la Kábala es importante, ya que los problemas de este mundo no se resuelven en el mundo físico. La ley implica que existe una correspondencia entre el plano físico, el mental y el espiritual. Los cambios o patrones que ocurren en un plano tienden a manifestarse en los demás. La ley postula que hay una relación de armonía y semejanza entre los diferentes niveles de la realidad.

Hablamos del Kelí, el alma, que está compuesta por diez sefirot o dimensiones, y a que el Árbol de la Vida es el arquetipo metafísico de nuestra alma.

El Árbol de la Vida, conocido en hebreo como «Etz haJaim» (Árbol de las Vidas) es un «mapa cosmogónico que tiene que ver con los universos».

Es crucial notar que se refiere a «vidas» en plural, indicando su aplicación a múltiples dimensiones y estados de existencia.

La información de este árbol cosmogónico se proyecta «como fractal en todos los universos», lo que implica que nuestro Árbol de la Vida psicológico va a tener las mismas dimensiones que el Árbol de la Vida cosmogónico.

Esta idea de fractalidad es fundamental, ya que conecta la macro-estructura universal con la micro-estructura del alma humana.

El origen del universo: De la energía infinita a la Creación

La explicación del nacimiento del universo se remonta al Infinito donde se encuentra un conjunto de energía infinita, dentro del cual reside el *Atzmut*, la esencia incognoscible del Infinito. Y también existen «vibraciones masculinas y vibraciones femeninas».

El inicio de la creación se produce con el *Tzimtzum* (contracción), un choque de estas vibraciones que conduce a la explosión.

Este evento da origen al universo creado, denominado Briá (el universo de la Creación).

Adam Kadmón (Hombre Primordial):

Este es el universo más elevado, el universo que está en el Infinito y que contiene toda la información masculina y femenina de las vibraciones de las *earot* dentro del Infinito. Simbólicamente, se asocia con la sefirá Kéter (Corona), que representa las vibraciones y energías infinitas.

Briá (universo de la Creación):

Es el primer universo, creado exnihilo, la creación de la nada, aunque en Kábala la nada es el todo infinito. Briá es un universo limitado que, inicialmente, se desequilibra entre la fuerzas masculinas y las fuerzas femeninas. En esta primera autocontracción la *reshimó* (energía femenina de contención del universo) no aguantó y llevó al surgimiento de las *klipot* (cáscaras) que ocultan información. Este universo, en términos de sefirot, se

asocia con la sefirá o dimensión Biná (Entendimiento) que marca la línea femenina de restricción.

Atzilut (universo de la Emanación):

Tras el desequilibrio de Briá, una nueva entrada de energía desde el Adam Kadmon, el Tzimtzum Bet (segunda autocontracción), equilibra lo femenino y lo masculino. A este equilibrio lo llamamos Daat y da origen a Atzilut. Este universo es un sistema de transición, un proceso de autocontracción que transiciona lentamente de lo infinito hacia lo finito, a diferencia de la autocontracción brutal de Briá. Atzilut se relaciona con la sefirá Jojmá (Sabiduría), que representa la línea masculina de expansión.

El kabalista es un buscador comprometido, con las inteligencias de los mundos superiores, con el Ein Sof (el infinito), allí donde todos somos uno. El kabalista es un experto en telecomunicaciones espirituales, y afamado investigador de los protocolos de investigación entre el mundo físico y los mundos no físicos. Es un experto en conectar con el mundo de Atzilut, es decir, del no espacio-tiempo, de la infinitud. Y sabemos que cuando conectamos con Atzilut, es el mundo de las Letras Hebreas, punto de encuentro entre nuestra alma y el alma del Creador que en principio fueron una, pero con el desarrollo de diferentes procesos evolutivos, eso cambió, y su anhelo es que la señal de arriba llegue aquí abajo.

La gasolina que empuja al kabalista es la atracción intensa que siente ante los secretos del Creador, y el deseo del kabalista es ser su trono y que el Creador se asiente en su corazón y sea el Creador quien dirija su vida. “Y me haréis un trono, y habitaré en ellos”. Esto podría ser un resumen de lo que es viajar al interior de uno mismo, y los kabalistas nos enseñan que podemos acceder al pensamiento divino a través de las 22 Letras Hebreas, las cuales son un punto de encuentro con el pensamiento divino. Si estudiamos a fondo cada letra, vamos a descifrar el pensamiento divino que se asienta en cada letra, vamos a poder detener la luz y

estudiarla, para a través de la meditación kabalística, llegar a conectar con nuestro yo interior (*como un viaje interestelar*) que está ubicado en la dimensión o sefirá de Biná, en el Árbol de la Vida.